

LUIS DORESTE

PRIMERAS ESTROFAS

Prólogo

DE

SALVADOR RUEDA

Epílogo

DE

ANGEL GUERRA

SIN VALOR COMERCIAL

MADRID

Imprenta Moderna.—Caños, 4

1901

Es propiedad.



PRÓLOGO

LA FLOR-ORÁCULO

PRÓLOGO

*Sobre el libro en que tierno has derramado
la inspiración de tu niñez bendita,
deshojando una sabia margarita
á su oráculo bello he preguntado:*

*«¿Será este joven vate celebrado
que en la frente sublime lleve escrita
la palabra de Dios, en que palpita
el don para los genios destinado?»*

*Y hojas quitando de la flor amada,
sí... no..., dijo mi voz emocionada
viendo el libro cubrir la lluvia inquieta.*

*Y al deshacer la flor su forma leve,
dijo el último pétalo de nieve
al temblar en la luz: ¡Será poeta!*

Salvador RUEDA.

PRIMERAS ESTROFAS

PRIMERAS ESTROFAS

Tuve en mi alma desde que era un niño
fuente de amor, inmensa, inagotable;
amando me hice hombre, y mi destino
amar fué siempre un ideal gigante.
Hoy que al dolor me rindo, cantar quiero
los que pasaron días de mi infancia,
en que la vida parecía un cielo,
sin penas ni dolores en el alma.
¿Quién la niñez olvida? ¡Oh, dulces años
que para mí corristeis muy ligeros!
Las primeras estrofas de mis cantos
á impregnarlas yo voy en tus recuerdos.
Aún mis amigos veo, otros niños
que venían alegres á buscarme,
para jugar allá, entre los trigos
del campo en flor, al declinar la tarde.

¡Oh todos me querían! Muchas niñas
en los jardines me cortaban flores,
con la falda colmada yo volvía
al toque, casi siempre, de oraciones.
Alegre era el retorno, y ya en mi casa
iba á besar mis cariñosos padres;
poco después dormía, y aun soñaba
con la que flores me cortó en la tarde.
Pero cuando es dichoso, es corto el tiempo,
¡oh, gratas horas de la edad primera!
Hombre, al papel confié mis sufrimientos,
la pluma inquieta le contó mis penas.
¿Quién acierta á cantar tanta dulzura,
la dulzura de aquella edad dichosa?
Se recuerda, se siente y hoy la pluma
no dibuja siquiera ni sus sombras.
¡Edad feliz! ¡Qué amores más distintos!
Yo recuerdo que todo amaba entonces;
¡pero lo amaba con amor de niño;
más tarde era otro amor: ¡amor de hombre!
Mas siempre creo que quedó en mi alma
algo de lo que tuvo cuando niño,
llenarlo todo con su cruenta saña
á veces pienso que el dolor no quiso.
Siento en mi alma de hoy el alma aquélla;
buena y grande la ofrezco en mis estrofas;
siendo de un niño, es alma de poeta

que lo más bello de la vida evoca.
Encontraréis en medio de mis cantos,
casi siempre al dolor, algo del niño;
¡yo nunca debí amar y hoy todo amo;
menos debí sufrir y ¡ay! he sufrido!
Ofreceros quisiera otras canciones,
esas canciones de las grandes liras,
yo os doy de lo que tengo: tristes flores
de un oculto jardín que poseía.
El viejo amor que caldeó mi alma
surge otra vez en mis estrofas vivo;
la vida no es dolor sin esperanza;
la vida es el Amor. ¡Amad conmigo!

EL ARROBÓ

Duérmasse mi niño chico,
duérmasse que viene el coco;
viene á llevarse los niños,
los niños que duermen poco.

Escuchad, al vaivén de la cuna
donde el niño con fiebre se agite,
á la madre dormirle cantando
con su voz de ternura infinita.
Mientras vibran las lánguidas notas
amorosas y dulces del canto,
vá cerrando los ojos el niño,
vá la madre vertiendo su llanto.
Está grave el hijito del alma;
ella palpa su sien abrasada;
¡duerme! ¡duerme!, le dice, y le arrulla
con su voz de cariño impregnada.
Se ha dormido. Le besa, le arropa
y allí queda su sueño velando

á la luz de pobrísima lámpara,
silenciosa, llorando, llorando...
Despertóse. De nuevo se escucha
con dulzura vibrando el cantar;
el con ojos de pena la mira;
ella vuelve su frente á besar.
Vino el día. La luz azulada
débilmente la estancia alumbró
y aún cantábale al niño su madre,
aún cantábale el dulce arrorró.

¡Oh, qué dulce arrorró de mi tierra
que al oírle nos hace ser niños;
sentir todo el candor de la infancia,
tantos besos de intensos cariños!
El suave regazo adorado
de la madre y su voz amorosa,
sus desvelos, sus noches de pena...
¡Mi tierrita querida y hermosa!
¡Oh qué dulce arrorró de la infancia!
¡Oh bendito arrorró de mi tierra
el que expresa el cariño más grande
que en el pecho de madre se encierra!

Entre las brumas

¡Avanza, avanza, avanza!, le decía
con profunda agonía,
y lenta deslizábase entre espumas:
la formidable mole del navío,
en tanto contemplaba entre las brumas
las gratas peñas del terruño mío.
Ibanse deshaciendo las neblinas;
surgían las colinas
bajo el azul intenso de los cielos;
entró por fin el buque en nuestro puerto,
y yo alegre exclamé... ¡hoy sí que es cierto
que mis sueños se cumplen, mis anhelos!

.....
Meses después ¡la fuerza del destino!,
por el mismo camino,
¡despacio, más despacio!, le gritaba,
al ver que en lontananza se perdía
la última sombra de la patria mía!...
¡Y el navío con ímpetu avanzaba!

HACIA LA TIERRA

Por el ancho bosque ví esta mañanita
fúnebre cortejo;
sobre cuatro leños llevaban la moza
más guapa del pueblo.
Caídos los brazos fuera de las andas,
al aire su pecho,
y destrenzadita su gran cabellera
de cabellos negros;
reía su boca, cerrados sus ojos
como los de un muerto;
¡morada la frente, donde no latía
ya ni un pensamiento!
Más atrás que todos iban caminando
con andar muy quedo,
llorosas las caras, crispadas las manos,
un mozo y un viejo.

Acerqueme á uno de los que formaban
el triste cortejo,
con trágico tono me dijo una historia
que hiela mis huesos:

Esa es la mocita más guapa y honrada
que tuvo mi pueblo,
y el pobre arbolito tronchó la desgracia,
¡un hombre perverso!
Esta mañanita subió la muchacha
á lo alto del cerro,
y un hombre siguióla, salvajes amores
sin juicio pidiendo.

Negóselos ella, se hincharon las venas,
rugió el macho en celo,
y á la fuerza quiso..... Huyendo la moza,
fué á orillas del cerro;
seguíala el mozo, sin ver el abismo,
corriendo, corriendo.

Llegó la desgracia. ¡Tendió la desgracia
su manto muy negro!
¡y van con sollozos el padre y el novio,
su cuerpo siguiendo!

—Y ¿el otro?, pregunto con voz temblorosa
de espanto y de miedo.

—El otro, lo traen, ¡que también la muerte
le costó su empeño!

—Miradlos, ¡ahí vienen! Y ví aparecía
el largo cortejo;

y un hombre tendido, en andas formadas
de troncos del cedro;
sangrienta su cara, sangrientos los trajes,
mutilado el cuerpo,
con los ojos fijos, fijos con espanto,
mirando hácia el cielo.

Más atrás que todos, una pobre vieja
lloraba en silencio.

Yo sentí en mi alma toda la amargura
de un dolor intenso.

¡Juntos á la tierra la mocita honrada
y el mozo perverso!

¡Juntos allá arriba!—¡qué espanto, Dios mío—
ante tí los muertos!

EN EL DESIERTO

Errante caravana
cruza el Desierto,
llevan en sus camellos
á un niño muerto.

¡Y van pasando,
ellos entristecidos,
ellas llorando!

.....

El sol cruel convierte
la arena en frágua,
y el pobre niño enfermo
pidiendo ¡agua!
Dícele el padre:
¡oh, hijo, no tenemos!
Llora la madre.

Y el pobre niño enfermo
se está muriendo
y sigue, sigue ansioso
¡agua! pidiendo

¡Y van pasando,
ellos entristecidos,
ellas llorando!

.....

Paró la caravana
y el niño muere,
el pobre, agonizante,
sólo ¡agua! quiere.

Su cuerpo yerto
tostábase en la arena
con el sol del Desierto.

Y todos le rodean;
la madre dá un gemido,
los pobres hermanitos
creen que se ha dormido.

¡Y de nuevo camina
la errante caravana
donde Dios la destina!

No encuentran ni un oasis,
ya la arena no es fragua,
el sol muere y caminan

oyendo el grito de ¡agua!
¡Quizá el simoun levante
y sepulte en la arena
la caravana errante!

.....

Errante caravana
cruza el Desierto,
llevando en sus camellos
á un niño muerto.

¡Y van pasando,
ellos entristecidos,
ellas llorando!

NUESTRA MANTILLA

No es la mantilla española,
no es la clásica mantilla
que entre claveles y dalias
con gentileza prendida
lleva toda la mujer
que es española y es linda.
Es la de allá, de mi tierra,
otra también sugestiva
que les dá á nuestras mujeres
una grata expresión mística
de vírgenes que enamoran
ó de moras que cautivan.
Cae el blanco y fino paño
con una gracia divina,
arqueándose en la frente
haciendo un marco que hechiza
al rostro de una *madonna*
de esas que pinta un artista;

hace un pliegue en la garganta,
por los hombros se desliza
y por las espaldas cae
como manto de odalisca;
y ved luego un cuerpo esbelto
que anda despacio y que rima
mientras el marco adorable
su dulce semblante aviva,
y entre su intensa blancura
nos deja ver dos pupilas,
negras como el azabache,
que á amar con pasión convidan;
y así son nuestras mujeres,
con la canaria mantilla,
vírgenes que á Dios evocan
regias sultanas que incitan.
Muchas veces de mañana
quizá las viéreis en misa,
nunca, jamás, en los toros,
porque, la verdad sea dicha
no han llegado á aquella tierra
las aficiones taurinas.
Mas, hablando de estas cosas,
juzgo que mal estaría
á mí que tanto me gusta
también la hermosa mantilla,
que es símbolo de una España

con sus mujeres divinas,
no decirle muchas cosas
que mi entusiasmo me dicta,
y es: ¡olé por las mujeres
que les gustan las corridas,
que saben cantar flamenco,
las que beben manzanilla,
y son las hembras más majas
con el mantón de Manila,
¡olé, pues, por las mujeres
todas, que llevan mantilla!

DESPUES DEL TEMPORAL

Gaviota, blanca gaviota,
que burlas al mar inmenso,
corre, ve y dile á mi madre
que hoy á su regazo vuelvo.
Gaviota, blanca gaviota,
que me has anunciado el puerto
después que, roto el velamen
á los azotes del viento,
perdido quedé en los mares,
solo al amparo del cielo.
No te posas en las gavias
porque destrozadas fueron,
pero sigues á mi barco
que va caminando lento,
como viejo que agoniza,
lentamente con tu vuelo.
¡Oh, cariñosa gaviota!
hoy no camino ligero,
hoy corres más que mi barco

si tiendes tu raudo vuelo;
corre, ve y dile á mi madre,
que allí esperará en el puerto,
—¡hace tantos, tantos días!—
que hoy á su regazo vuelvo;
que hoy no te hospeda mi barco,
que hoy las gavias no te ofrezco,
que hoy, gallardo, no penetra
mi pobre barco en el puerto,
como dando envidia entrara,
con su blanca vela al viento.

.....
Gaviota, blanca gaviota,
que burlas al mar inmenso;
¡gaviota, blanca gaviota,
que me has anunciado el puerto
ya estoy en tierra, y mi madre,
mi pobre madre se ha muerto!

DELIRIO

Funno felici quasi un giorno é basta.

STECCHETTI.

Ya sé que para siempre, mi amada, te he perdido,
ya sé que me olvidaste y fuiste ante el altar,
que son lecho de flores los brazos del marido,
y en tanto llora mi alma henchida de pesar.
Ya sé que á sus caricias uniste tus caricias,
ya sé que os juráistes amor eterno y fiel.
Sí, ingrata, lo sé todo, vinieron las albricias,
¡que otro hombre te posee! ¡Mataste mi querer!
Quizá el amor de madre invada ya tu pecho,
quizá le jurarías como juraste á mí;
sí, lo comprendo todo; mi corazón deshecho
amando en vano sigue. ¡Por siempre te perdí!
¿Acaso imaginaste que yo no te quería?
Acaso imaginaste que te olvidaba yo,
después de algunos años en que un maldito día
el despiadado sino, mi bien, nos separó.
De lejos te adoraba con la pasión muy loca
con que cuando era un niño todo mi amor te dí,

y en mis ensueños dulces rozarse con mi boca,
que en besos estallaban, tus labios yo sentí.
¿No sabes que el terruño también yo he abandonado?
No sabes que aquí vine, mi vida, á trabajar
y he trabajado mucho por tí, mi bien amado,
¡y sólo siento ahora, deseos de llorar!
Por tí, sí, y por mis padres pasaba muchas horas
de estudio sobre el libro con insaciable afán,
pensando que algún día ideas bullidoras,
viniesen mis anhelos, mis ansias á colmar.
Mil veces en las noches de ingrátidos trabajos,
nostalgias y añoranzas en lo interior sentí,
cruzaron por mi mente horribles espantajos,
mil veces ante el libro tu imagen ver creí.
A veces, loco, pienso que sea un imposible
que tú ya no me quieras, que me olvides así,
¡tal vez me quieras mucho y penas lo indecible!
¡tanto como yo sufro, tal vez sufras por mí!
Por tí vibró mi lira cuando era casi un niño,
tú me inspiraste el ritmo de mi primer canción,
á tus primeros besos, temblando de cariño,
un mundo de delicias fingíamos los dos.
¿Recuerdas tus palabras? Mi corazón no olvida
que trémula decías á punto de partir:
«Siempre serás mi alma, el alma de mi vida,
porque este amor que siento conmigo ha de morir.»
¿El alma de tu vida adoras como antes?

¡Pensar que no me quieres! ¡Que me olvidaste ya!
mira cómo te buscan mis ojos anhelantes
y mira mis suspiros cómo á buscarte van.

¡Delirio son! No escuches el grito de mi pena
que evoca entre sollozos la última ilusión,
y ya que nuestro sino al llanto nos condena,
el cáliz apuremos del tedio y del dolor.

Olvidaba que un hombre te adora y lo acaricias
que estás en otros brazos cansada de gozar;
sigue, mujer, gozando, no cesen tus delicias
¡que yo me quedo solo mis penas á llorar!

LEJOS DEL HOGAR

Qué ocho días más tristes he pasado
sollozando y enfermo,
sin nadie que me haya consolado,
¡de los míos muy lejos!

Devorábame fiebre abrasadora,
y postrado en el lecho,
pasar miré el tiempo hora por hora
poco á poco muriendo.

En medio de las fiebres en que ardía
y delirando en sueños,
ya una visión alegre, ya otra sombría
llenaron mi cerebro.

Creí ver á mi madre que dejaba
sobre mi frente un beso
y por mirar mis ojos, aliñaba
los caídos cabellos.

Y al ver otra mujer besarme loca,
me agitaba en el lecho
con el frío en la carne, sed en la boca,
y dolor en los huesos.

Pasaban los fantasmas del delirio,
grave y trágico el gesto,
con los brazos en cruz como un martirio,
y los ojos al cielo.

Noche tras noche, loco, delirante,
sin conciliar el sueño,
las ví pasar pintando en mi semblante,
la lividez de un muerto.

Mirando cómo entraba por la reja
á través de los hierros,
con el sol de la tarde que se aleja,
el olor de los huertos,

y el rumor de las máscaras divierte
las calles con el eco
de la copla gitana, en donde vierte
su corazón un pueblo.

Y mientras viene á mi reja nueva aurora,
en el camastro enfermó,
miro pasar el tiempo hora por hora,
poco á poco muriendo.

¡Qué tristes carnavales, y que largos
¡oh Dios, me parecieron!
No se imaginan días más amargos,
parecían sin término.

¡Ya he sanado. La fiebre abrasadora
abandonó mi cuerpo,
mas en mi alma sigue, en ella mora,
y enciende mi cerebro!

VIRGEN TRISTE

Tú sufres demasiado, el rostro me lo dice.
¿Tus pálidas mejillas, esas ojeras negras
de amor serán quizá?
Suspiras muchas veces, y el pecho te lo oprimas,
te pierdes en la senda sin término del bosque,
buscando soledad.

¿Ansías verte sola? Que no, pronto me dices
volviendo la cabeza, esa cabeza griega,
que hechiza el contemplar.

Pero te marchas siempre, te vas siempre muy lejos,
y ayer me parecía, hermana, que en el bosque
pugnabas por llorar.

No sé por qué tan triste si á tí todos te adoran,
si eres la virgen bella del aura y de las flores.

¿Será de tanto amar?

Me invade tu tristeza: no ames, pobre niña.

¡Si te marchitas pronto, las flores que tú mimas
se van á marchitar!

NOSTALGIA

Es Mayo y triste recuerdo
con dolores de nostalgia,
cómo en mi tierra nos brinda
la primavera sus galas,
donde las aves fabrican
con pétalos en las ramas
á sus hijuelos, los nidos,
para arrullarles mañana.
Donde es más azul el cielo,
donde se perfuma el alma,
y así triste se lo cuento,
casi llorando, á mi amada.
Desconoce ella mi tierra
y se deleita su alma
sólo un reflejo admirando
de lo que es en mi patria!
Abro el álbum donde guardo
vistas de la tierra gratā,
donde los campos sonríen
bañados en esperanza,

y las palmeras altivas,
llenas de frutas se alzan;
donde el sol radiante brilla
reflejándose en las aguas,
mientras la lluvia de aromas
todo el ambiente embalsama;
donde paisajes de oro
bajo el azul se destacan,
y donde hermosas mujeres
amor, sólo amor irradian.

Muere el sol y contemplamos
en aquel álbum, Canarias,
con sus campiñas en oro,
de esplendidez inundadas,
y ella me dice al oído
con emoción en el alma:

«¡Vamos allá, á tu terruño,
al que brota de las aguas
como una cesta de flores
que Dios del cielo arrojara!»

Y triste, saboreando
el dulzor de sus palabras,
¡oh, qué hermoso es mi terruño!
¡qué hermoso!—loco exclamaba—
cual si en eso condensase
mi adoración, mi nostalgia!

¡SOLA!

¡Pobre abuelita! Allí está
en su triste y vieja alcoba,
de la que tantos recuerdos
reviven en su memoria.
Allí está en la cama, enferma,
noche y día, siempre sola,
esperando que la muerte
llegue hasta allí y la recoja.
Y en tanto, fija la anciana
su vista en la faz que llora
de la soledad aquella,
que en la pared de la alcoba,
ella colgara en un tiempo
ágil, alegre, y que ahora
no puede más que mirarle; *
aquella imagen, que toda
su felicidad un tiempo
contemplaba; y que ella adora
porque fué su compañera
más dulce, y porque amorosa

le mira siempre al mirarle,
porque jamás abandona
ella, su intensa dulzura,
y desde aquella mohosa
pared, tan vieja, ofrecerle
parece toda la gloria.

¡Y allí está la triste vieja,
allí está en la pobre alcoba,
esperando la otra vida
con su soledad á solas!

Á GRAN CANARIA

¡Yo te saludo y canto, de mis amores diosa;
tierra de mis ensueños, donde la luz yo ví,
áurea cesta de flores que desde el cielo puso
en medio de los mares el Dios del Sinaí!
La que los campos viste color de la esperanza,
que brillan en la tarde espléndidos de sol;
la que en la noche duerme con la canción del viento
y del palmar mecido al rítmico rumor;
la de paisaje eterno de eterna primavera,
de ambiente que perfuman jazmines y azahar,
y donde las gaviotas, al declinar el día,
hacia las costas vuelven volando sobre el mar.
La de mujeres castas, que bajo la mantilla
un rostro de madonna nos dejan entrever;
las que, al dormir los niños, el arrorró les cantan
con amoroso arrullo las cunas al mecer.
Hieráticas montañas se ven, á cuyas faldas

ofréncense las vides con pámpanos en flor,
y abajo corre el agua sobre la arada tierra
donde el labriego nuestro gotea su sudor.
Es la admirada tierra que el extranjero ansía,
la que el sajón no cesa jamás de codiciar,
la que su patria adora aun viéndola caída,
¡la que á su vieja España no quiere abandonar!

.....

¡Avanza, barco mío, avanza entre las ondas!
Contemplo á Gran Canaria bañada por la luz.
¡Yo te saludo, oh madre! ¡Eterno paraíso
que surges del atlántico bajo su cielo azul!

¡POBRE BAJEL!

¡Pobre bajel! Sus palos y sus velas
arrasaron las iras de los mares,
y arrastrado por vientos y por olas,
¿quién dice dónde va? ¡Dios sólo sabe!
Yo te contemplo hundirte en el abismo
sin fondo y tenebroso de las ondas;
mas asombrado miro que de nuevo,
sobre su hirviente lomo te remontas.
Ya escucho crugir el viejo casco,
destrozadas las jarcias y las velas,
y contemplo á la gente con angustia
cómo, dobladas las rodillas, rezan.
¡Pobre bajel! Sus palos y sus lonas
arrasaron las iras de los mares,
y arrastrado por olas y por vientos,
¿quién dice dónde va? ¡Dios sólo sabe!

MEDIEVAL

Avanza, caballo mío,
avanza, viejo caballo,
que del señorial castillo,
donde está el guerrero anciano,
veo las torres erguirse
que mil veces contemplaron
entrar triunfante al caudillo,
al gran caudillo germano.
Avanza, que ya el guerrero,
de cien combates soldado,
espera que victorioso
retorne hoy á sus brazos.
Avanza, avanza, que espera
mi primer triunfo el anciano
que ya pelear no puede,
aquel paladín que ha dado

á su patria y á su escudo
timbres de gloria preclaros.
Así, de prisa, al galope,
galopa así, corcel bravo,
voy á ofrecer á mi padre
el primer laurél que gano;
voy á ofrecerle el escudo
que me entregó, inmaculado,
ostentando un blasón más;
¡avanza, viejo caballo!
Caminito del castillo.
sobre tus lomos de raso,
con la última victoria
venía el guerrero anciano,
y sobre tus mismos lomos
yo á llevar mi triunfo marchó.
Avanza, que los clarines
ya mi llegada anunciando
en el castillo se escuchan,
¡Galopa más, corcel bravo!
Galopa, que allí á la puerta,
abiertos aquellos brazos
que esgrimieron triunfadores
la lanza en todos los campos,
para abrazarme me esperan;
avanza, que está el anciano

ansioso; que ya pregonan
mi triunfo allí los heraldos.
¡Sólo rodea alegría
al gran caudillo germano!
¡Avanza, caballo mío;
avanza, viejo caballo!

ESTROFAS DE EPITALAMIO

Corrido el cortinaje, y entreabierta
la delicada seda de las sábanas,
nuestro lecho nupcial ya nos espera,
¡oh, virgen de las carnes sonrosadas!
Suelta el flotante velo de las novias;
ya eres mía, y espérante mis brazos,
que aprisionar ansían, ya con fiebre,
tu ebúrneo cuello y seno de alabastro.
Dáme el oliente ramo de azahares;
quiero aspirarlo aquí, virgen, contigo;
suelta el ténue corsé de blanco raso
donde tu corazón por mí ha latido.

Desata el escaipín, huellen la alfombra
tus blancos piés que son como jazmines,
dibujando las curvas de la diosa
la veste azul y transparente oscile.
Ven y extiende tus áureos cabellos,
y sonrían tus labios de escarlata;
deja que beba en ellos, vírgen mía,
todo el placer y amor con que soñaba.
Ya te acercas; se encienden tus pupilas,
tus pupilas que tienen todo un cielo;
húndense ya en el lecho perfumado
las suaves morbideces de tu cuerpo.
El blanco cuello arqueas como el cisne;
¡oh, Ticiano soñó con tu figura!
No pareciera Venus tan hermosa
en su concha surgiendo de la espuma.
La alondra de mis sueños venturosos
aletea en su nido, ya es mi esposa;
voy á ceñir su frente con los myrtos,
que el recatado camarín adornan.
Eras mi ansiada musa y te poseo;
ya me ciñen tus brazos tentadores,
siento tus labios rojos en mi frente,
y mi cerebro henchido de canciones.

Yo cantaré á la musa que me inspira;
así la vida pasará sin penas,
adorando y cantando entre sus brazos
á la dulce y eterna compañera.

NOCHEBUENA

Tristes lágrimas vertiendo,
llevando su adverso sino,
cargado con sus pesares,
camina el pobre mendigo.
Todos pasan sin mirarle,
le cruzan en su camino,
nadie le ve tiritante
ni á las fatigas rendido.
Nadie contempla sus canas,
ni aquél su rostro de Cristo;
todos van cantando alegres,
nadie le presta su abrigo.
Sólo yo miro doliente
como camina aterido,
sollozando, sollozando,
con hambre y muerto de frío;

sólo yo corro á su lado,
sólo yo al mirarle, grito:
«Pobre anciano agonizante,
ven conmigo, ven conmigo.»
Sólo yo corro á estrecharle,
sólo yo tiendo el abrigo
por los hombros del anciano,
por sus hombros ateridos.
Pobre viejo que caminas
lleno de penas, solito,
con el peso de tus años
con el peso del destino;
olvida ya, cese el llanto;
ven conmigo, ven conmigo,
y á la lumbre del brasero
cuéntame tu triste sino.
Juntos cenaremos; vamos,
mis penas también yo olvido;
yo consolaré las tuyas
tan hondas, triste ancianito.
No llores, que mi alma invade
tu llanto, y lloro contigo;
tuya es mi casa esta noche,
tuyo mi bohemio nido.
Ven, apóyate en mi brazo,
yo seré tu lazarillo;
te daré pan y mi lecho;

ven conmigo, ven conmigo.
... Cenamos; con poca cuenta
su triste historia el mendigo,
y en tanto en la calle cantan,
yo casi lloro al oírlo;
su pálido hermoso rostro
parece el de un viejo Cristo
que han bajado de la cruz
después del cruento martirio.
No me canso de mirarlo.
¡Pobre de él! ¡Cuánto ha sufrido!
Ven, y descansa en mi lecho
que aún tiritas de frío;
ven, que en el pobre jergón
te dará mi manta abrigo;
descansa una vez siquiera,
una vez duerme tranquilo.
... Me miran sus claros ojos,
y sus labios amarillos
besan ansiosos mis manos;
se vá quedando dormido.
Duerme, duerme, pobre anciano,
una vez duerme tranquilo,
que yo velo aquí tu sueño
con mis recuerdos queridos.
... De la calle sube en tanto
el clamoreo continuo

de mil coplas invocando
el nacimiento del Niño.

.....
Fuí poco á poco hácia el lecho;
sentí como un gran suspiro.
¡Rígido estaba el anciano!
¡Muerto me encontré al mendigo!

TUS OJOS NEGROS

¡Qué de cosas se piensan mirando á unos ojos,
á unos ojos rasgados y negros, muy negros!
¡Cuánta fe, cuánto amor he soñado al mirarme
en tus ojos de virgen, brillantes é inmensos!
Cuando eléctricas chispas lanzando enojados,
enojados y torvos, mi vida, me miran;
cuando dulces, serenos ó alegres retozan;
cuando húmedos, tristes, con pena se fijan.
Soñadores y dulces tus ojos de diosa
de mi alma mitigan los cruentos pesares;
¡unos ojos rasgados y negros, muy negros,
nadie sabe, Dios mío, lo mucho que valen!

CUADRO

Es un canal del Lido, cuyas ondas,
plegándose risueñas,
reciben los espléndidos cambiantes
del cielo de Venecia.

Una góndola oscura en la alta noche
deslízase por ella;
la luz de las antorchas en las aguas
brillando se reflejan.

El eco de un laúd dulce se escucha
en la noche serena;
y en tanto el trovador canta á su amada
la dulce cantinela,
brillan bañadas por la luz de luna
las vibradoras cuerdas;
brotan besos de idilio bajo el cielo
tranquilo de Venecia.

NOCHE DE VERANO

Escucha el grande himno que el campo entona.
Amor preside el sueño dulce y sereno
de la tierra en la noche, y las estrellas
titilan sonolentas allá en el cielo.
Todo es perfume y besos en el ambiente;
cuentos de amor la brisa canta, bien mío;
adóranse las flores; ven tú á adorarme,
y que seas la diosa del regio estío.
Acerca, hermosa mía; ven á mis brazos;
dame tus labios rojos, tu níveo seno,
y al pie de las magnolias que el aura agita
brotarán los suspiros, cantos y besos.
Lanza al aire el perfume de tus cabellos,
envuélveme en sus hebras tersas, sutiles,
abre tus negros ojos, que mi alma alumbran,
y buscando los míos con fiebre brillen.

Que sienta el aleteo de tus pestañas,
mariposas inquietas, sobre mi rostro,
y que beban mis labios tu grato aliento
al posarlos con ánsia sobre tus ojos;
que esparza nuestros besos la blanda brisa,
hálitos de tu boca beba el verano;
que en la noche serena, que á amar convida,
el amor que nos une será envidiado.

NUEVA PRIMAVERA

Los botones de las rosas,
las rosas de mi jardín;
¡oh, mi nuevo amor que nace!
pugnando están por abrir.
Pronto adornarán tu pecho;
todas serán para tí,
¡oh, mi nuevo amor que nace!,
las flores de mi jardín.
Tú serás la reina de ellas;
de alfombra te han de servir
las rosas de mis rosales,
las flores de mi jardín.
Y aspirando sus perfumes
yo te tengo de decir
todo el amor que en mi alma
se ha encerrado para tí.

Yo haré de pétalos rojos
un lecho, amada, y allí
han de sonar aún más besos
que flores da mi jardín.
¡Oh, mi nuevo amor! Qué dulces
nuestras mañanas de Abril,
sobre aquel lecho de rosas,
de rosas de mi jardín!
Y una nueva primavera
nuestro amor hará surgir,
que aún, niña, dará más flores,
¡que flores da mi jardín!

RAPSODIA

De las fuentes de mármol, enormes surtidores
se elevan en el aire cual lluvias de cristal,
las aguas en un lecho de rosas van cayendo
y escúchase monótono su lánguido cantar.

Al aire los jazmines exhalan sus perfumes,
inclinase Afrodita ante una acacia en flor,
la aspira, y entre tanto, el arpa de las diosas
preludia entre sus cuerdas el himno del amor.

Y bñase la tierra en claridad de luna,
un aura muy suave palpita en el jardín,
el arpa de las diosas en la callada noche
romántica historieta parécenos decir.

Se mueven los jazmines, se inclinan las acacias,
las vestes de las diosas la brisa agita ya,
y sus cabellos de oro sobre la espalda ondulan
con música dulcísima de cuerdas de cristal.

PARA ELLA

He soñado otra noche
que ya tú no eras mía,
y desperté llorando,
y despierto lloraba todavía!

HEINE.

Soñé contigo anoche, ¡dulce sueño!,
soñé que me abrazabas con ternura
y que besaba tus cabellos negros,
tan negros como negra es mi amargura.
Mi boca con tu boca se apretaba;
«mi bien» como otros tiempos me decías,
y el alma de «tu bien» gozaba alegre,
el dulce amor de los pasados días.
Apiadados de mí, tus negros ojos
me miraban destellos derramando,
y al despertar, ¡ensueños de poeta!,
¡mi pobre alma la encontré llorando!
Me resigno á soñar, ¿qué más espero,
muertas mis esperanzas é ilusiones?
¡Ay! ¡Tal vez al perderte, asesinaron
no sólo un corazón: dos corazones!

LIRISMO

Ante el carro dorado de la luna
los hermosos celajes se inclinaron,
por momentos su luz oscurecieron,
y, después de adorarla, caminaron;
su luz, despeñándose del cielo,
envolvía á la tierra en su embeleso,
y los dos, que en el alma nos queríamos,
nos dimos en ese instante el primer beso.

Desde esa noche en que el lucero hermoso
nuestras frentes besadas nos besaba,
dió en adorarla ella; fui poeta,
y luceros las dos, las adoraba.
Gozamos mucho, mucho. Mas, la suerte
separarnos después quiso con saña:
ella se fué muy lejos, y yo á solas
me hallo con mis tristezas en España.

Y en la noche apacible, cuando llena
de recuerdos de amor, el alma siente,
y como antes el claror de luna,
con cariño y placer besa mi frente,
revive el viejo amor, y creo verla
en el pálido rayo retratada,
igual que junto á mí miraba entonces
la imagen placentera de mi amada.

NOCHES

Navegábamos en un lago de Suiza,
en penumbra envolvíase la tierra
y sólo nuestro amor la iluminaba
con su llama purísima é inmensa,
y la sombra poblada de misterios
fantástica corría al ras del agua.
Yo contemplaba los ojazos tristes,
tan negros como el lago, de mi amada;
tranquila columpiábase la barca
y tranquilos brotaban nuestros besos,
cuando la luna con su luz plateada
á besarnos bajó desde los cielos.

.....
Y más tarde, ya inmóvil nuestra barca,
bajo una lluvia espléndida de estrellas,
vióse al espejo terso de las aguas
dibujando el perfil de una sirena.

RITORNELOS

Horas dulces, dulces horas
que olvidar no puedo yo;
volved un día siquiera
y ahuyentaréis al dolor.

Horas dulces, dulces horas
de deliquios de pasión,
junto al piano de mi amada
cantando trovas de amor.

Horas de tiernas caricias
en que sentimos los dos
de los músicos más grandes
la suprema inspiración.

Horas que arpeggios sublimes
hice brotar de su voz,
de aquella voz de mi amada,
que era la de un ruseñor.

Horas dulces, dulces horas
que henchisteis el corazón
y lo llenásteis de notas,
grandiosas notas de amor.

¡Oh, donde estará mi amada!
¿Recordará, como yo,
las horas ¡ay! para mí
de eterna recordación?

Horas dulces, dulces horas
de deliquios de pasión;
¡volved un día siquiera
y ahuyentaréis al dolor!

LIBRES

El sol se ha puesto ya tras la montaña,
el día se despide;
en tintas melancólicas envuelta
la tierra se sonríe.

Ella lanza un suspiro; caminamos
despacio y silenciosos,
enlazados los brazos tiernamente
y enlazados los ojos.

De rojo está teñido el horizonte,
va á aparecer el sol;
la tierra despereza poco á poco
y canta el ruiseñor.
Ella acerca sus labios á mis labios,
miramos hacia el cielo
y va á unirse á los ruidos de la vega
el rüido de un beso.

BARCAROLA

Corre, corre, mi barquilla,
corre, corre entre las olas
mientras la gaviota chilla
y canto mis barcarolas.

Corre, que amanece el día
y el cielo azul se festona.
¡Al aire tu blanca lona
corre, corre, barca mía!

Así, volando, de prisa,
avanza más mi adorada,
mientras susurra la brisa,
la brisa de la alborada.

Avanza, que sus mayores
tesoros nos brinda el mar.
¡Barquilla de mis amores,
corre, corre sin cesar!

AMOROSA .

Venga pronto la niña de mis penas;
venga acá á estrecharme entre sus brazos,
y en un beso de amor, beso sublime,
juremos que así siempre hemos de amarnos.
Venga acá, porque el frío de la tarde,
penetrando en mis carnes, pide fuego;
gris obscuro está el cielo; ¡que contemple
en tus azules ojos otro cielo!

LEJOS DEL MAR

¡Oh proceloso mar, qué ingrato eres!
un tiempo como amigo me quisiste,
mas luego ¡ay! de cólera rugiendo
airado contra mí te revolviste.
Las doradas arenas de la playa
donde tus olas mueren mansamente
con su arrullo de canto y de plegaria,
fueron de nuestro amor lecho inocente.
Ya sé que fuíste el único testigo
de aquel beso primero que nos dimos,
que junto á tí por siempre nuestras almas
con caricias de tórtolas unimos.
Tú que has sido testigo de mi dicha,
por tus ondas mi amada condujiste
hacia tierras lejanas, y en la playa
me dejabas llorando, solo y triste.

Mi vista el horizonte sondeaba,
 donde un navío en marcha se perdía,
 y aquel espacio enorme de tus aguas
 piadoso á mi dolor no sonreía.
 ¡Y cómo sonreir viendo mi pena,
 si su amargor nutrían mis pesares!
 Jamás he vuelto á contemplar alegre
 el piélago espumante de los mares.
 Más tarde lo he cruzado con angustia,
 la tierra y el hogar atrás dejando,
 y hace tiempo no escucho sus ruinosos
 en lágrimas de espumas estallando.
 Y cuando la nostalgia invade mi alma,
 temblando de emoción, ansio verte:
 desde niño te quise y hoy te quiero,
 ¡por más que nunca ¡oh mar! debí quererte!

¡TU!

Bello es el campo cuando viste flores
y aletean las tiernas mariposas,
libando el néctar y entonando amores
en las frescas corolas de las rosas.

Bello es el mar de tarde cuando riza
en sus aguas el viento las espumas,
y en tanto la barquilla se desliza
olas rompiendo y desgarrando brumas.

Bello es el sol ardiente que ilumina
la tierra con sus rayos centellantes
y al ocaso apagándose camina
entre nubes teñidas y brillantes.

Bellas las tiernas aves que sus vuelos
tienden cruzando la infinita calma;
pero bella, más bella que los cielos,
¡tú te alzarás, mujer, dentro mi alma!

NOSTÁLGIA DE AMOR

Hoy no miro los ojos de cielo
del dulce bien mío;
hoy no beso, con besos febriles,
su boca de idilio;
Hoy su imagen la besa mi alma
con loco delirio,
que en un mar de tristezas hoy lleva
aquel bien perdido.
¡Oh, adorada, que hoy dás á otro amante
quizá tus cariños!,
yo te llevo en mi pecho, y mi brazos
de nuevo te brindo.
¿No recuerdas aquellas caricias
que triste yo ansio?

¡Si escucharas, oh amada del alma,
mis hondos suspiros!...

¡Quién mirara los ojos de cielo
del dulce bien mío!

¡Quién besara, con besos febriles,
su boca de idilio!

ORIENTAL

Echadas perezosas en la mecida hamaca,
al pie de los naranjos de la aromada vega,
al aire las turgencias del embriagante seno,
mientras el sol de Agosto todo en su luz lo anega;
las diosas del verano, las reinas del estío,
las exquisitas mieles ofrecen de sus bocas;
brillantes las pupilas, azules, negras, verdes,
plegándose los labios con unas ansias locas
se mecen en la hamaca con el sopor más dulce,
con la embriaguez intensa de una sensual idea,
que avivan los perfumes del naranjal florido,
en donde el sol de Agosto alegre cabrillea;
y lejos, las cigarras entre los rubios trigos,
domidas con cansancio, su lento canto entonan;
las diosas del estío ofrécnense al poeta,
con mirtos y laureles la frente le coronan.

BOCETO

Las doradas arenas
lamiendo va la ola;
su alegre barcarola
entona el manso mar.

Y allá, en la lejanía,
una latina vela
dejando va su estela
en rápido avanzar.

La luna lo ilumina
espléndida, riendo,
y chilla con estruendo
la gaviota al pasar.

Y llegan de la vega
que sueña ante los mares,
rumor de platanares,
ambientes de azahar.

Se ven del cementerio
las tapias y las cruces;

las funerarias luces
también miran al mar.

Y en la callada noche,
el cuadro lo entristece
la muerte, que parece
de lejos avanzar.

Mas sin mirar la muerte
van dos enamorados,
en dulce luz bañados,
bañados en pasión.

Sus tiernos besos brotan,
y en tanto que caminan,
los cipreses se inclinan
so el alto murallón.

¡TODO SE MARCHA!

Ya nunca pensaba
pudiese de nuevo
hallarme tan solo,
tan triste ¡sin ellos!
Mas todo se marcha;
sigamos sufriendo
que aún hay desengaños,
que aún quedan desprecios.
Confiado llamaba
«los míos» á aquellos
que dí mis cariños;
mas todos se fueron:
la amada que siempre
mezcló con sus besos,
promesas de amores
felices y eternos;
el grupo de amigos,
de amigos sinceros,

que cual hermanitos
conmigo sufrieron
las penas del mundo,
porque ¡ay! eran nuestros
los mismos pesares,
los mismos anhelos.
Ya todo se marcha,
dejando recuerdos
que nunca se borran,
cariños eternos.
¡Ay! nunca pensaba
dejáranme ellos,
creía en sus almas,
y hoy solo y enfermo,
parece que el mundo
se acaba. Yo veo
viejita á mi madre
venir hasta el lecho;
con dulce cariño,
me aliña el cabello
que ya están sus hebras
la nieve cubriendo,
¡parece que el alma
se enluta por dentro!
¡Oh! Todo se marcha;
me miro al espejo,
lo veo burlarse

del rostro que tengo,
que no es el de antes,
que ya es el de un viejo.
¡Oh! Todo se marcha;
de tantos que fueron,
tan sólo mi madre
conmigo yo tengo.
Teniéndola á ella,
¡qué más dicha quiero!
¡Qué más alegría,
sus besos teniendo!

LA VIDA

Los placeres y dulzores
de esta vida regalada
que tenemos,
¿qué son sino corredores
y la muerte la celada
en que caemos?

JORGE MANRIQUE.

¿Qué es la vida? Corriente impetuosa
de tonta vanidad y de placeres;
arca llena de inmensos padeceres
con apariencia falsa y engañosa.

Nada tiene de bella y venturosa;
es veneno el amor de las mujeres
que, amantes, emponzoñan nuestros seres,
en vez de hacernos la existencia hermosa.

Bajo su ardiente halago engañador
todo sonríe en nuestra juventud;
terminada, la vida es un dolor
que nos lleva sufriendo al ataúd
en alas corrompidas del amor:
¡que tal es nuestra triste senectud!

LÁGRIMAS

Llorando está mi alma enamorada
al recuerdo de goces ya lejanos.
¡Cómo ha de ser! Sollozos cotidianos
de esta vida tan triste y desolada.

A una Venus de célica mirada
mi ardiente corazón puse en sus manos,
mas ella destrozólo; en sus arcanos
guarda el amor la fibra desgarrada.

Yo la adoraba, sí, cómo a mi vida;
en su imagen, tan cándida y tan pura,
se extasiaba mi alma entristecida;

mas todo se acabó, ¡qué desventura!
¡Su calma virginal era fingida;
su corazón me abrió la sepultura!

¡POBRES PRISIONEROS!

¡Pobres prisioneros!
Lástima da verles;
sucios, destrozados,
á la patria vuelven.

Miradle su cara,
sus ojos sin brillo,
lástima es mirarles.
¡Lástima, Dios mío!

Reflejando penas,
tormentos horribles,
pero resignados.

¡Pobres infelices!

Ayer por mi calle
pasaba una anciana
colmado de besos
¡á su hijo del alma!

Un pobre soldado,
vuelto de la guerra,
con cruces al pecho
¡y rota una pierna!

Al mirar su cuerpo
la infeliz anciana
mezclaba sus besos
con gotas de lágrimas.

¡Y cuántos pesares
el pobre olvidaba
al darle sus besos
la madre del alma!

Su rostro enfermizo,
tan pálido y negro,
tornábase alegre,
¡pero era el de un muerto!
Todos le miraban
con ojos de pena,
¡lástima era verle!
¡lástima era verla!

Yo les ví alejarse,
sintiendo en mi alma
agitarse juntas
amargura y rabia.

¡Malditos culpables!
¡Malditos ladrones
aquellos que agotan
la sangre del pobre!

Después del martirio,
¡pobres prisioneros!
vuelven á la patria
postrados, muriendo!

EL RIO

Ya los vientos, con ímpetus furiosos,
azotando las nieves de la sierra,
han deshecho sus masas blanquecinas
cual torrente invadirán la tierra.
Vése el río del cauce desbordado
deslizarse con fuerzas formidables,
inundando maizales y las huertas,
y arrastrando guaridas miserables.
Nadie detiene su tremendo curso,
y corre, corre, impetuoso el río;
es imposible lo contenga el hombre:
¡detenle tú que puedes, oh, Dios mío!

NOTAS

NOTAS

I

Cuando despliega sus bellas galas
entre sonrisas la primavera
y veo el cielo tan azulado,
¡siento una pena!...

Cuando en invierno miro la nieve
que cae en copos cubrir la tierra,
y silenciosas cruzan las aves,
¡siento una pena!...

Si el mar en calma duerme en la orilla,
ó el oleaje bramando encrespa,
siempre en mi alma siento una angustia...
¡Siempre una pena!...

II

Marcharon en otoño hácia otros climas
en horas melancólicas,
y al pasar un ¡adiós! nos enviaron
con sus voces canoras.
De tejado en tejado se alejaban
las tristes golondrinas,
despertando en el fondo de mi alma
tristezas infinitas.
Antes de remontarse en las alturas
cual el aire ligeras,
despedirse intentaban revolando
sobre nuestras viviendas.
¡Ay! cuántos seres con dolor profundo
contemplaron su vuelo,
y al perderlas de vista en el espacio
dijeron «¡hasta luego!»
Si con pena en otoño nos dejaron,
hoy, ¡qué alegres volvieron!
¡Pero cuántos ¡oh Dios! en el retorno
encontrarán de menos!

III

Cuando en la noche serena
la luna brilla en el cielo
y el mar se duerme tranquilo
entonando su canción;
cuando el campo en primavera
nos embriaga con perfumes
y vuelan las mariposas
inquietas de flor en flor;
cuando en tierna melodía
vibran las cuerdas del arpa,
y escucho sus dulces notas
palpitante el corazón,
siempre encuentro, noche y día,
su imagen junto á mi alma,
como inquieta mariposa
sobre el cáliz de una flor.

IV

Ven, y tu pecho junta con el mío,
en mis labios tus labios posa ufana,
contémonos unidos los pesares
y que invada ya el fuego nuestras almas.
Así, mi bien, cual río que desborda,
que veamos brotar la ardiente llama,
que mi vida y tu vida sean una,
todo un himno de amor, paz y esperanza.

V

¡Qué noche más oscura!
Parece mi amargura,
parece mi dolor.
¡Ay! el beso postrero,
el adiós lastimero
recuerdo de mi amor.
Qué frío ¡oh Dios! se siente;
no brota de mi mente
rasgo de inspiración.
Callada está mi lira,
mi pecho un ¡ay! respira,
me duele el corazón.
Y así la noche en tanto,
bañada sólo en llanto,
avanza para mí.
Triste espera, alma mía,
el luminoso día;
la noche va á morir.

VI

Si al mecer las azules campanillas
 de tu balcón,
 crees que suspirando pasa el viento
 murmurador,
 sabe que, oculto entre las verdes hojas,
 suspiro yo.

BEQUER.

Cuando la brisa juega ligera
 en la enramada de mi jardín
 y hablando amores me trae aromas,
 yo pienso en tí.

Cuando en las ramas de los castaños
 donde gorgean pájaros mil
 contemplo el nido de sus amores,
 yo pienso en tí.

En todas partes veo tu imagen;
 yo sé adorarla con frenesí,
 en mis placeres y en mis tristezas,
 yo pienso en tí.

Allá los rayos del sol de estío
 entre colores veo morir,
 ¡y aquí en mi alma, dulce alma mía,
 te veo á tí!

VII

No me pidas cantares alegres
que tristes me saben;
no me pidas que olvide mis penas,
porque has de cansarte.
Tus amores besaron mi alma,
palpando pesares,
y con ellos tendrás que quererme,
tendrás que adorarme.
No me pidas que ría de nuevo,
ni pidas que cante;
están secos mis ojos y lloro,
¡qué pena tan grandel

VIII

Cuando comienza la primavera
y ya las aves tienden su vuelo;
y se ven flores en la pradera,
y de colores se tiñe el cielo;
cuando gorgean entre las ramas
mil pajarillos que hacen sus nidos,
y el sol se eleva majestuoso
sobre los campos ya florecidos;
cuando se aspira brisa de aromas,
cuando la sangre hierve en las venas,
¿qué paraíso como la tierra
parando en gozo todas las penas?

IX

Noche serena, dulce, silenciosa,
de brisas perfumadas,
de cielo azul y pálidas estrellas
que brillan en las aguas.
Arrullos tiernos, besos palpitantes
á la mujer amada;
amores, ilusiones, paz, dulzura,
acariciando el alma.
La eterna melodía de la noche,
tan tranquila, callada;
las noches que entre lágrimas anhelo,
¡las noches de mi patria!

X

No sé por qué rebelde á todo ¡oh Dios! á todo
me siento algunos ratos;
no sé por qué no creo, ni piense en ser más cuerdo
y abandono el trabajo.
Sólo sé que mis penas jamás las abandono,
que siento mucho, mucho;
mis ojos siempre secos, mi corazón llorando:
¡siempre, siempre de luto!

XI

Anoche te buscaba como buscan
los pájaros rincón para sus nidos,
como busca un sustento miserable
entre angustias mortales el mendigo,
como el marino entre las olas busca
un puerto cuando ruge la tormenta,
como el rayo lanzado desde el cielo
en espiral buscando vá la tierra.

Así, sin encontrarte, ¡cuántas veces
yo te he buscado delirando en sueños!
¡Eras el ideal que adoré mi alma,
y te buscaba con carnal deseo!

XII

¡Cuánta luz, cuántos colores,
cuánto trino en el jardín,
cuánta alegría en el campo,
y cuánta tristeza en mí!

El cielo alegre ríe,
alegre canta el ave;
iluminando todo
alegre brilla el sol.
No brotan los cantares,
ni brotan las sonrisas
del triste pecho mío
que llora su dolor.
Contemplo la montaña
de verde tapizada,
teñido el horizonte,
cantando abajo el mar.
Todo lo miro hermoso
dulzuras respirando;
todo lo veo alegre
¡y triste mi pesar!

XIII

Es una noche triste y melancólica
en que un templado rayo de la luna
no brilla en derredor.

Todo tinieblas, hielo que entumece,
¡lágrimas de dolor!

Días primaverales con sonrisas,
flores en las campiñas, rubios rayos
de esplendoroso sol.

Todo alegría, luz, vivos colores,
¡lágrimas de dolor!

¿Qué espero siempre triste y agitado,
henchido de dolor?

¡Mis dulces ilusiones que se fueron!
¡Ay! ¡Espero el amor!

XIV

¡Ay! el que descubre por fin la mentira.
¡Ay! el que la triste realidad palpó;
el que el esqueleto de este mundo mira
y sus falsas galas loco le arrancó.

ESPRONCEDA.

La amé con todo el fuego de mi alma,
leer creí en sus ojos que era buena:
¡me engañaba! ¿Serán todas iguales?
¡Qué tristeza, Dios mío! ¡Qué tristeza!
Así es la vida: desengaños, dudas,
árbol que el viento al sacudir destroza,
cuando sus frutos ópimos nos brinda.
¡Llora, alma mía, tus tristezas... lloral

XV

¡Madre! gritaba la niña
con ansias de amor intenso.
¡Madre, madre! ¡Pobrecita!
¡le respondía el silencio!
Las almas del bien no pasan...
En tanto la nieve arrecia,
y sus copos van formando
el sudario de la muerta.
¡Madre, madre! No responde
nadie á tus sollozos, niña;
¡murió tu madre y mañana
de nosotros serás víctima!

XVI

Adiós la tristeza,
adiós los dolores
que ahuyentaron del alma por siempre,
los nuevos amores.
Ya tengo amistades,
ya tengo quereres;
me ha jurado cariño. ¡De nuevo
creí en las mujeres!

CREPÚSCULO

Muere la tarde allá en el Occidente,
entre limpios fulgores de oro y grana;
el verde prado exhala sus aromas,
perfumando con ellos nuestras almas.
Ya se escuchan con dejos melancólicos
las últimas canciones de los campos;
blancos humos se elevan de las chozas
deshaciéndose luego en el espacio.
Rocío celestial lo baña todo,
en un ambiente vago de tristeza;
y al son de las esquilas, los rebaños
retornan al redil por las veredas.
Ya el labriego suspende sus trabajos;
lento se escucha el toque de oraciones;
muere vencido por la noche el día,
y en ópalos se tiñe el horizonte.

SU RETRATO

Virgen de cabellos rubios,
rubios como el sol de Mayo;
de ojos soñadores, verdes,
verdes como nuestros campos.

Dulce boquita de fresa,
fresas rojas son sus labios,
y de gardenia su pecho
y sus respiros de nardo.

Su voz es la de las aves;
los de los hombres sus cantos;
su cuerpo el de Venus griega,
y su alma... ¡me la callo!

¡SOLO!

Del mar inmenso en la arenosa orilla,
solo con mis tristezas y dolores,
contemplo navegar una barquilla,
donde va la mujer de mis amores.
Hacia un buque que lejos balancea
bogando van; ¡mi vida me arrebatan!
humo lanza la negra chimenea
y las gruesas amarras se desatan.
¡Quién fuese la gaviota que á las olas
vencer puede animosa con sus vuelos!
No iría entonces mi ilusión á solas;
¡cerca con el amor, iba su anhelo!

EL LUCHADOR (1)

¡Lucha, ¡lucha!, gritaba el bando Norte,
viendo al contrario bando derrotado;
tranquilo lanzó el Sur su último hombre,
un viejo luchador que fué muy bravo.

Que triunfe esperan los del Sur, nerviosos,
el viejo luchador que está en la arena;
pero ¡ay! no triunfará, que fueron otros
de su poder los días, y no hay fuerzas.

¡No es el atleta aquel de recio brazo, ¡
de músculos que al hierro asemejaban;
mas sí es el corazón que ama á su bando,
y allí al *terrero* (2) á defenderlo marcha.

Dudoso fué el combate, ¡voto á bríos!

El Sur por vez primera es derrotado,

á retirarse van ya entristecidos;

siguen gritando ¡lucha! los contrarios.

(1) Canario.

(2) En donde se lucha.

De pronto, un mozo, atlética figura,
poniéndose el calzón marcha al terrero,
la tristeza en su cara se dibuja
y su poder dibújalo su cuerpo.
Del luchador partido es el más joven,
del bando que en derrota se alejaba;
es nuevo en estas lides, mas el Norte
al verle tiembla y con prudencia calla.
Agarrados están; ya forcejean,
encorvados los cuerpos sudorosos,
hundiéndose los pies en las arenas,
invertidos, juntándose los hombros.
Agarrada al calzón la gruesa mano,
tenso y al aire el músculo de hierro,
libre y con fuerza lucha el otro brazo,
y aferrado al calzón sigue el primero.
El nuevo atleta, con poder que asombra,
derrota sin cesar hombre por hombre,
y el Sur gritando ¡lucha! sigue ahora,
mientras se marcha entristecido el Norte;
y en hombros llevan al valiente mozo
que el vencedor partido loco aclama,
y dándose la mano unos y otros
así termina la viril luchada.

LA FIESTA EN LA ALDEA

La aldea está encantadora,
ríe alegre la mañana,
y en el campo que despierta
todo se viste de gala.
Al cielo azul ilumina
un sol que ardoroso baja
bañando toda la aldea
desde la verde montaña,
á cuyo pie el caserío
entre el ramaje descansa;
hasta el regato impaciente,
como una cinta de plata,
serpentea por el césped
y con el sol se abrillanta

Es el día de la fiesta
y Mayo sus ricas galas,
despliega en aquel rincón
hermosísimo de España.
Todo destila perfumes
que penetran en el alma,
y parece que entre dichas
un cielo á la tierra baja.
Es que el cielo azul se asocia
para celebrar la santa
con los nobles lugareños,
y cuando el cielo derrama
sobre el campo sus riquezas
en los días que se aman,
la tierra es un paraíso
lleno de flores que encanta.
Con el repique está loca
en la torre la campana,
y en la ermita, que aparece
bellamente engalanada
con banderolas y luces,
entran con traje de gala
y devoción respirando
á postrarse ante la santa,
los viejos de los contornos
y las hermosas zagalas
con la inocencia en los rostros

y el regocijo en las almas.
Entre luces y cohetes,
y con flores adornada,
sacan la virgen de Mayo
los campesinos en andas;
la pasean por las vegas
mientras dicen sus plegarias;
y más tarde, ante la ermita,
en el centro de la plaza,
mozos y mozas se ven
bailando al son de guitarras;
allí dicen sus amores
en medio de la algazara,
y les prometen los mozos
á las garridas zagalas
para el año venidero
llevarles ante la Santa,
y ellas sonrien alegres
llena de amores el alma,
pensando que el aldeano
sabe cumplir su palabra.
Allá, detrás de la iglesia,
ya no se escucha la danza
ni el requiebro de los mozos
á las mozas aldeanas;
allí están los labradores

viejos, de aquella comarca
que á comprar van á la feria
los aperos de labranza.
Así el día de la fiesta
en alegrías se pasa,
que hay que ver cómo divierte
el pueblo que baila y canta.
y cuando llega la tarde,
cuando el crepúsculo mancha
de tintas el horizonte
y el sol sus rayos aparta,
dejándonos sus fulgores
largo rato en lontananza;
cuando refleja sangriento
en las desiertas montañas,
dando encantos á la vega
que grato perfume emana;
mientras azul todavía
el cielo luces derrama
y en el arroyo y la fuente
su hermoso color retrata;
cuando sus cálices abren
esparciendo sus fragancias,
todas las flores de Mayo,
y las golondrinas pasan,
y trinan los ruiseñores,

y aletean las calandrias;
cuando muriendo la tarde
despliega todas sus galas
la florida primavera,
inundándonos el alma,
á estas horas se despiden
y rezan ante la Santa
los honrados campesinos,
pidiéndole en sus plegarias
vida y gracias para el año,
y después, cuando se alza
la luna en la lejanía,
allá sobre las montañas,
cruzar se ven en sus jacos
el llano á los que se marchan
y adioses con sus pañuelos
dejan á las aldeanas,
que atrás se quedan muy tristes,
solas con sus esperanzas.
Más tarde todo está quieto;
humos que salen de casas
y se elevan hacia el cielo
y en lo azul se deshilachan;
auras que dan á las flores
cuando giran, serenatas,
y luna que se desliza

entre transparentes gasas;
silencio, paz, en los campos,
entonando una plegaria
al Dios que todo preside,
al Dios que todo creara.

—
¡Cómo adoro yo estas fiestas
tan inocentes, tan gratas,
donde intensamente gozan
sencillas y nobles almas!

SINFONIA EN «LA» MAYOR

Bendecida y bendita
la armonía, es el alma que palpita
en toda acción, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
la música es la voz de lo infinito!

CAMPOAMOR.

Acerca, mi amada, acerca y escucha
vibrar á mi lira cual nunca vibró;
verás qué armonioso será lo que cante,
ya en esa armonía, mi alma, mi amor.
Las cuerdas preludian la gran sinfonía,
acerca y escucha su dulce rumor.
Comienza el *allegro*. ;Oh, préstale música
el ritmo, la vida, «á tu hermana mayor!»

ALLEGRO

Yo soy el *allegro*, yo llevo en mis notas
ritmadas estrofas que un genio legó;
al eco de ellas se inspira un poeta
que canta á la amada, y así es su canción:

«¡Oh, mi virgen! ¡Oh, mi virgen,
de las carnes sonrosadas,
de la rubia cabellera,
de los ojos de esmeralda.
¡Oh, mi virgen! ¡Oh, mi virgen,
mi *Gioconda* apasionada,
que cual la de Vinci llevas
en el rostro toda el alma!
¡Oh, mi virgen! Mi *Gioconda*
cuyos besos nunca acaban;
Heine llamara dos rimas
á tus labios de escarlata.
¡Oh, mi virgen! ¡Oh, mi virgen
que Praxiteles soñara
en abandono de escorzo
para modelar su estatua!
La que me colma de amores,

la que en caricias me embriaga,
ven, confúndeme en tu cuerpo,
¡oh, mi virgen! ¡oh, mi amada!»

SCHERZO

La noche se duerme
envuelta en la luna,
envuelta en perfume,
envuelta en amor;
y junto al ventano
de alfeizar moruno,
le canta á su amada
el buen trovador.
Y asoma la niña
por entre las flores;
su rostro moreno
parece otra flor;
suspende el amante
sus trovas alegres,
eternos amores
se juran los dos;
y avanza la noche
envuelta en la luna,
envuelta en perfume,
envuelta en amor.

FINALE

El eco muy dulce de un piano se escucha;
la mano es de Ofelia, que pulsa el marfil
aún sueltas las crenchas, entona las notas
de Wagner, Beethoven, de Schubert, de Liszt.
Es eco de harmonium que vibra pausado
poblando de ecos el claustro ojival,
que pulsa la monja con manos de nieve,
son viejos y graves acordes de Bach.
Son dulces quejidos de alguna guitarra,
son cuerdas que lloran el último amor,
cantares de un preso que desde su celda
envía á su madre el último adiós.

.....
Aléjate, amada; de la sinfonía,
los ecos dolientes ya van á morir;
te entrego mi lira. ¡Si fuese al pulsarla
yo, Wagner, Beethoven, ó Schubert, ó Liszt!

LA CANCIÓN DE LOS BESOS

FRAGMENTO)

Son besos alados de niña;
son cálidos besos de amada;
son besos mimosos de madre;
son besos temblones de anciana.
¡Oh, los besos alados de niña!,
suaves besos de aliento de rosas,
dulces cantos de un alma que ríe
y su risa nos deja en la boca.
¡Oh, los cálidos besos de amada!,
cual arpegios sonoros flotando
en los aires la noche de nupcias,
cuyos hálitos son los del nardo.
¡Oh, los besos mimosos de madre!,
el cariño que nunca se acaba,
el perfume de todas las flores,
los que traen girones del alma.

¡Oh, los besos temblones de abuela!,
que humedecen el rostro de llanto;
son su ruido el caer de las hojas
de las rosas que ya han marchitado.

¡Oh, los besos alados de niña!

¡Oh, los cálidos besos de amada!

¡Oh, los besos *mimosos* de madre!

¡Oh, los besos temblones de anciana!

ESTROFAS FINALES

Yo comencé á cuidar, lleno de amores,
un pequeño jardín que florecía,
cuando mi mano las más frescas flores,
por la ilusión llevada, cortó un día.
Quise un *bouquet* formar, que envidia diera,
cuya aroma exquisita ¡ay! embriagara
cual hálitos de dulce primavera,
y que quien lo aspirase siempre amara;
que diesen alegría sus colores,
que fuese irresistible el aspirarlo;
después que lo formé, ¡mis pobres flores!
me dieron tentaciones de arrojarlo.
¡Oh, amado jardín mío! Tú me diste
las pobres flores al nacer, marchitas,
como el que nace con el alma triste
rendido á las angustias infinitas.
Pensé que alegrarían, que embriagaran;
mas ¿cómo sin matiz y sin olores?

Hecho el *bouquet*, pensaba: ¡Si agradaran
—aun eso solo—mis mezquinas flores!
Las comparé con almas... ¡Cuántos séres
en el pobre *bouquet* ví retratados!
Almas tristes de pálidas mujeres
y corazones al dolor forzados.
Para vosotras son, que sentís tanto,
almas de niñas, que ferviente adoro;
virgencitas bañadas por el llanto,
de ojos azules y cabellos de oro.
Váis repartiendo en torno la alegría
y en el alma lleváis muchos dolores;
¡vosotras encerráis más poesía
que la que pueden encerrar mis flores!
Mas yo te las ofrezco. ¡Quién pudiera
ver alguna prendida, que adornara
los rizos de tu blonda cabellera
en el domingo que Daudet amara!
Ahí van las flores, pálida *Griseta*,
que mi desierto corazón te envía;
y en medio de los cantos del poeta,
¡si tu alma ahonda encontrará la mía!

EPILOGO

POST

¡Quién pudiera trocar toda la vida
por unas breves horas de inocencia!

SELGAS.

Has llegado hasta aquí, lector, sin cansancios, plácida-
mente delirando sueños.

Quédate en esa última página en blanco; no pases. Has
acompañado un alma hasta este sitio, y ahora yo la seguiré
como quien acompaña la caja de un niño muerto, todavía
con el calor inextinto de la vida, cubierto de hojas de flores.
¿No es verdad que hay olor de rosas? ¿No te parece sentir
aún el columpio rítmico de la cuna? ¿No escuchas los dejos
del arrorró que cantan las madres?

Sí, todo está atrás; las flores sahuman los versos, y los
cariños que el niño decía en ese baluceo sincero con que
un alma rompe á hablar, los encuentras más allá de esa hoja
en blanco, que no debes volver. No la dobles, que no en-
contrarás más que tristezas: las tuyas y las mías.

Yo haré de sepulturero, y al enterrar el alma cándida del
poeta en la edad primera, en que se ama y se canta como
un niño, yo lloraré por todos. También le traigo rosas....

Lector, ¿qué has sentido? Si eres viejo, te habrá remozado esa «música interior», el hálito de poesía que flota en esas rimas, poesía ingénuas, savia de amor, prepotencia de vida, esa visión de sueños alegres como la juventud. ¡Habrá tantos años que no sueñas!... Y volverás á leer; querrás impregnarte de nuevo del espíritu generoso de este libro, como para volver á la infancia ida, y leerás con afán, con ternura, con pródiga bondad, si es que las lágrimas en los ojos cansados te dejan ver las letras... ¡Ah! ¿Por qué vuelven las golondrinas al nido y retoñan por Abril los claveles?...

Si eres mujer, me parece ver el libro entre tus manos blancas, pálidas, mientras tus ojos errátiles, profundamente azules como el mar, como el cielo de otoño melancólicos, van buscando entre las estrofas un acento que responda á tu pasión, á ese vago anhelar de los románticos amorios, y te fijarás en una frase, la repetirás, que el poeta como tú siente y como tú ama. Sois iguales:

*dos cuerdas de una lira,
dos hojas de una flor.*

¿Leerás de nuevo? Yo lo espero; pero no llesves á los labios los versos, porque son delicados, y como las mariposas, pierden el polvo de oro de las alas cuando se tocan; y no los aprietes muy fuerte contra el seno, porque ya sabes que con el calor las flores se secan.

Si eres niño, lee. Sabrás cómo arrullan las madres; aprenderás las primeras canciones de la vida, y si apenas sabes deletrear ya has de ver cómo tu corazón va adivinando los versos, recompone intuitivamente las estrofas, las dice de corrido, caldeadas, ingénuas; porque este poeta no

es, hoy por hoy, más que un gran corazón. Las ideas son para más adelante, cuando ya no se ama, cuando no se sabe más que sufrir. Las ideas son la fiebre del dolor, tienen el espanto de la locura. Lee ahora esto, y no te atormentes tan temprano con los pensamientos que han desgarrado muchas almas. También en este poeta salta la idea, apunta el padecer, pero no llora, canta todavía. No temas, lee; parece que aún estamos en Mayo, y la cruz se halla recubierta de rosas.

Y si eres hombre, si en nada crees ni á nadie quieres, lee también y no tires el libro con enojos. Sé que intentarás probar tu excepticismo, que has de pretender convencernos de que te encuentras insensible, de que tu alma está muerta porque la han matado; pero sé también que á solas, á escondidas, leerás con placer las canciones de estas páginas, que las buscarás para consolarte, alegrándote de la dicha que aún pueden sentir otros, porque todavía no has llegado á ser cruel, y si no eres amante, eres piadoso. Serás como esas mujeres que dicen que no quieren á un hombre, y detrás de la celosía, con ojos ardientes de cariño, se esconden para verle pasar.

Sí, leerás.



Yo también lo he leído, lo he repasado y lo he vuelto á leer. Y nuevamente abriré sus hojas.

¿Qué he sentido?... Muchas veces he escuchado latir mi corazón, es verdad, pero con el ritmo de una cuna vacía. En el fondo, bajo el brutal realismo de mi vida, encuéntrase la armazón de un sentimental, el alma de un triste. No creáis mis burlas, ni mis ironías, ni mis odios, ni mis eró-

ticas frases. *Palabras, palabras, palabras*, que dice *Hamlet*.

El habla perversa es quien las dice; la pluma casquivana las escribe.

Cuando miro alguna vez á mi interior, siempre encuentro mi espíritu de rodillas, en éxtasis, ajeno á lo externo, henchido de un grande amor para todos. De rodillas, sí, pero en la oración del huerto.

Así, lo que pasa de mis ojos, lo que puede llegar hasta dentro, llega tamizado, con un tinte de tristeza, porque mis pupilas deben ser como esos vidrios de colores de los ventanales góticos que dejan pasar la luz del sol, pero ceruida, filtrada, convertida en una claridad agonizante de cirio. Mas, pálida y todo, siempre es luz.

La alegría de los demás también me llega á mí, aunque constreñida, dislocada, pero al fin alegría.

Por eso los cantos de este poeta, estallido de amor, delirio de ensueños, resonancias de la fe en los primeros años, cantos de poeta que cree, que espera, que anhela, que invita con sus mejores y más espontáneos arrullos á la amada, que sabe aún las palabras con que se llama á las madres en las horas de soledad para el espíritu, que tiende sus brazos anhelante á la vida, que la desea y que la canta, llegan á mi con todos los estremecimientos de su entusiasmo, con el clamoroso reír de su júbilo, con la ingénuo poesía, fresca y casi sin arte, que suspira en el madrigal y se enciende en el epitalamio, sin que todavía estalle en el escepticismo de la dolora ni desuelle con la ironía de los epigramas. A veces, acaso sí intenta acercarse á la risueña tristeza de las canciones de Heine y á la amorosa melancolía de las rimas de Becquer.

Esta alegría, esta ingenuidad, el desbordamiento del co-

razón, créeme, lector, que es cosa sedante para los que sufren y están acostumbrados á beber en los libros de filosofía ideas macabras y á saborear en las páginas del arte literario el jugo amargo de la realidad, la desolación de todo lo que se ve forzado á vivir.

Por eso leo este libro, y lo he de volver á leer.

*
**

Yo también hice versos, allá en mejores tiempos. Si en algo he puesto toda el alma, fué en las torpes rimas que escoplé en la edad adolescente. Todo lo que he escrito después lo cambio por aquellas estrofas que, á pesar de su imperfección, no me avergonzaría de volver á encontrar. Pero ¿quién sabe dónde andan? ¿Quién conoce tampoco dónde fueron mis sinceridades de entonces?

No creo á Victor Hugo cuando dice que el arte es lo azul..... Lo vago, el ensueño, lo ideal, lo que se adora sin verlo y se le quiere con místico deliquio, no es el arte.

Este es la mentira, lo convencional, la violencia del sentimiento, la negación de toda sinceridad del espíritu. Falsea la vida, disloca las almas, y las obras no son otra cosa que una gran mascarada en que cada genio es mayor cuanto más impersonal se presenta y cuanto más insincero se nos exhibe, y su mérito estriba en elegir el disfraz y en escoger la carátula.

No hay ingenuidad más que en las irreflexivas palabras del niño; no se encuentra poesía virgen en otros cantos que en las primeras estrofas. Créeme, lector, que este es el evangelio del arte.

*
..

Ya dejo este libro. Volveré á leerlo otra vez, muchas veces, durante el transcurso de mis años.

Dará el poeta nuevos cantos, sin duda más gallardos, é inspiradas rimas; pero con mayor cariño ni más grande placer, no he de volver á saborear otras.

Para más adelante lo emplazo. Aquí queda su alma al descubierto, franca, tierna, dulcemente cariñosa. Tengo el presentimiento de que algún día volverá á buscarla entre estos renglones cortos, desesperanzado, con desalientos, con tristezas de soledad.

Si entonces dobla la última hoja en blanco y encuentra mi nombre, recordará que, al epilogar sus primeros versos, fui el buen amigo que di sepultura, como se entienda á un niño, á su última ilusión...

Y que le traje rosas ..

Angel Guerra.

Madrid, Noviembre de 1901.

INDICE

	<i>Págs.</i>
Prólogo	7
Primeras estrofas	13
El arrorró.....	17
Entre las brumas.	19
Hacia la tierra.....	21
En el desierto.....	25
Nuestra mantilla	29
Después del temporal	33
Delirio	35
Lejos del hogar	39
Virgen triste.....	43
Nostalgia.....	45
¡Sola!	47
A Gran Canaria	49
¡Pobre bajell!	51
Medieval.....	53
Estrofas de Epitalamio.....	57
Nochebuena	61
Tus ojos negros	65
Cuadro	67
Noche de verano	69
Nueva primavera	71
Rapsodia.....	73
Para ella	75
Lirismo.....	77

Noches	79
Ritornelos.....	81
Libres.....	83
Barcarola.....	85
Amorosa	87
Lejos del mar.....	89
¡Tú!.....	91
Nostalgia de amor.....	93
Oriental.....	95
Boceto.....	97
¡Todo se marcha!.....	99
La vida.....	103
Lágrimas.....	105
¡Pobres prisioneros!.....	107
El río.....	109
Notas	113 á 126
Crepúsculo.....	129
Su retrato.....	131
¡Solo!.....	133
El luchador.....	135
La fiesta en la aldea.....	137
Sinfonía en «la» mayor.....	143
La canción de los besos.....	147
Estrofas finales.....	149
Epílogo.....	153